

LA LECTURA POPULAR DE LA BIBLIA, LPB: CAMINO Y HORIZONTE

Hna. María Cristina
Robaina Piegas, STJ

En los mismos días en que nos encontrábamos reunidos en Brasil “a los 50 años del Concilio Vaticano II y 40 años de la Teología Latinoamericana y Caribeña”¹, estaba en marcha el Sínodo de Obispos en Roma. La preocupación por “la Nueva Evangelización” en la Iglesia Universal tenía una misteriosa sinergia con la vida que brotaba de las búsquedas y experiencias de las comunidades de América Latina y el Caribe.

El Taller de Lectura Popular de la Biblia se constituyó en uno de los múltiples espacios de reflexión de aquellos días y volvimos a escuchar el llamado de nuestros pastores en Medellín: “Forma parte de nuestra misión denunciar con firmeza aquellas realidades de América Latina que constituyen una afrenta al espíritu del Evangelio” y es un compromiso para el Pueblo de Dios “inspirar, alentar y urgir un orden nuevo de justicia, que incorpore a todos los hombres en la gestión de las propias comunidades”².

De hecho, después del Concilio y, en particular de Medellín, la toma de conciencia de la realidad de nuestros pueblos se transformó en un clamor a la conciencia cristiana. En este sentido la

lectura popular y comunitaria de la Biblia quiso ser y es un camino de transformación de la realidad de las comunidades a través de la Palabra.

Por eso, al volver a nuestros contextos y recibir el Mensaje al Pueblo de Dios del Sínodo de Obispos³ experimentamos la sintonía del Espíritu que de muchas maneras sigue clamando en el corazón del Pueblo de Dios, recordándonos que dos son los signos de autenticidad de la Nueva Evangelización: el primero está constituido por el don y la experiencia de la contemplación; el otro tiene el rostro del pobre⁴.

MEMORIA DEL CAMINO

La interpelación de la realidad de nuestros pueblos era y es acuciante: la vulnerabilidad que vivía y vive la inmensa mayoría de jóvenes y niñas/os, la dramática realidad de la migración, la violencia ejercida sobre la gran mayoría de las mujeres, la desintegración familiar, la marginación de campesinos, indígenas y afroamericanas/os, y la destrucción de la tierra. Las comunidades cristianas sienten la necesidad de determinarse a optar más radicalmente por los pobres, de estar presentes allí

junto al pueblo, respetando mucho más su cultura.

A partir de los años 60, comenzó un desplazamiento de agentes de pastoral, tanto laicos/os, como religiosa/os y pastores de la Iglesia. Unos optaron por vivir codo a codo entre los pobres; otros, emprendieron la lucha por la transformación de las condiciones de vida de los más pobres en diversos ámbitos.

El pueblo comenzó a leer la Biblia. En distintos contextos nacieron y se multiplicaron las comunidades: en zonas rurales, suburbanas y urbanas se convocaban y encontraban mujeres y varones de todas las edades, condiciones, oficios, pertenencias. En la medida en que la Palabra comenzaba a ser leída o escuchada, producía sus frutos: reunir a las personas y crear Comunidades Eclesiales de Base -CEBs- y otras pequeñas comunidades de vida y fe. Y empezaron a difundirse semanas bíblicas populares, la Biblia en lengua vernácula, celebraciones de la Palabra, cursos, encuentros, entrenamientos, numerosos grupos y círculos bíblicos, el mes de la Biblia: todo esto produjo un fervor comunitario muy grande en torno a la Palabra de Dios.

El conocimiento de la Biblia y la preocupación comunitaria encontraron su objetivo: el servicio al pueblo y la defensa de la vida. Los pobres comenzaron a leer la Biblia a partir del único criterio de que disponían: su vida de fe, vivida en comunidad, vida sufrida de pueblo oprimido. Leyendo así la Biblia descubrían lo obvio que no conocían: una historia de opresión igual que la que ellos sufren hoy; una historia de lucha por los mismos valores que ellos persiguen hoy: tierra, justicia, fraternidad, compartir la vida de la gente, construir juntos sociedades más humanas.

El método Ver, Juzgar, Actuar se transformó en un camino para experimentar la acción reveladora de Dios dentro de la historia. A partir de la realidad que vive el pueblo, -sus problemas reales-, se escucha lo que dice Dios con la ayuda de textos bíblicos y se intenta juzgar esta situación. Así, los hechos quedan iluminados por la Biblia y animan a la comunidad a actuar y celebrar de manera nueva. Las comunidades se empoderan de una dinámica interna que marca el proceso de interpretación popular: conocer la Biblia lleva a convivir en comunidad; convivir en comunidad lleva a ser-

vir al pueblo, lo que, a su vez, lleva a desear un conocimiento más profundo del contexto de origen de la Biblia.

La Lectura de la Biblia en las comunidades moviliza profundamente a las personas y al grupo mismo que se vuelve un sujeto activo de transformación de su ambiente y un comunicador de la Buena Noticia a otras personas y grupos. El proceso de participación y de anuncio de las comunidades expresa su dimensión eclesial como elemento constitutivo de la interpretación de la vida a la luz de la Biblia.

En los fragmentos sociales que configuran nuestras sociedades, diversos sujetos emergentes se reúnen como comunidad para compartir sus vidas y escuchar la Palabra de Dios. Y se vuelven sujetos de interpretación de sus vidas a la luz de la Biblia.

La hermenéutica nos enseña que el sujeto que da origen a la historia del Pueblo de Israel es el oprimido por quien Dios opta. La existencia del oprimido lleva a la pregunta por las causas, que evidencian víctimas, victimarios y dinámicas sociales y religiosas que sustentan esa situación.

Todo sujeto oprimido hoy cobra rostro propio; tiene una historia que contar, unos sentimientos que expresar; una cosmovisión para entender la realidad; su situación y la de aquellos/as con quienes comparte esa misma condición. La clave es entrar en la Biblia desde esa cosmovisión, -desde esa subjetividad-, para releer la historia a la luz de la fe.

El Espíritu, que anima la Lectura popular, orante y comunitaria de la Biblia, nos ofrece la revelación que Dios hace a sus hijos e hijas más pobres para recordarnos, muchas veces, nuestra necesidad de convertirnos sin cesar a la Buena Noticia. ¡Oigamos lo que el Espíritu dice a las Iglesias!¹⁵.

TAREAS PENDIENTES

En estos días de compartir en el Taller del Congreso andaduras tan diversas, coincidimos en la necesidad de alentar dos aspectos: animar la formación y sostener el compromiso por la liberación de toda forma de opresión.

Formación como encuentro con Jesús, el Maestro

La Lectura Popular de la Biblia pide una formación adecuada

para la lectura y el estudio de la Escritura. Pero qué entendemos por “adecuada formación”.

La fuente, el camino y la meta de la formación en la fe es el seguimiento de Jesús que nos va llevando a una progresiva identificación con el Maestro hasta la consumación en el Misterio Pascual. Y para este fin han de converger todos los itinerarios y medios formativos. Una “adecuada formación” pide familiaridad con el Señor hasta llegar a pensar como Jesús, sentir como Jesús, amar como Jesús. Y tiene como premisa el encuentro personal con el Señor de todos y cada uno de los bautizados,” llamados a ‘recomenzar desde Cristo’, a reconocer y seguir su presencia con la misma realidad y novedad, el mismo poder de afecto, persuasión y esperanza, que tuvo su encuentro con los primeros discípulos a las orillas del Jordán, hace 2000 años”⁶.

En los Evangelios contemplamos cómo Jesús va formando a sus discípulos en un proceso de maduración con alternativas que incluyen momentos de luz y de oscuridad, comprensión e incompreensión, respuesta generosa y crisis vocacional, logros y frac-

sos. Una y otra vez el Maestro ilumina las situaciones, visibiliza y confronta lo que se aparta de los criterios del Reino y conduce a nuevas síntesis integradoras que se transforman en llamadas a mayor profundidad. Jesús realiza con sus discípulos un proceso de formación comunitario, contextualizado y que exige y lleva al compromiso.

La Lectura Popular de la Biblia es una mediación privilegiada para el encuentro con Jesús, Palabra hecha carne⁷. Para recorrer aquí y ahora nuestro camino de fe es necesario que sigamos siendo enseñados por el Maestro y que nuestras comunidades -y la comunidad eclesial toda- crezcan también hoy en la escucha, en la celebración y en el estudio de la Palabra de Dios; Palabra estudiada y orada; bebida y comida; gozada y sufrida -dulce en el paladar y amarga en las entrañas- hasta que sea carne de nuestra carne⁸.

Nuestro compromiso con los pobres

Nuestra familiaridad y comunión con Jesús crecen y se profundizan en nuestro encuentro con El en la Escritura. Ella nos revela al “Dios

que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza”⁹. Al ir compartiendo los mismos sentimientos de Jesús¹⁰, El mismo nos enseña a reconocerlo en “los rostros sufrientes de nuestros hermanos”¹¹ y a decir, con San Alberto Hurtado, “yo sostengo que cada pobre, cada vago, cada mendigo es Cristo en persona, que carga su cruz”.

Es necesario reafirmar que la Lectura Popular de la Biblia encuentra su verificación en el compromiso con la liberación de toda forma de opresión, ya que los pobres interpelan el núcleo del obrar de la Iglesia, de la pastoral y de nuestras actitudes cristianas¹². Y esto no sólo desde una lectura meramente sociológica sino, principalmente, desde nuestra fe cristológica¹³.

Nos preguntamos cómo impulsar una Lectura Popular de la Biblia que sea integradora e inclusiva. Es decir, que por un lado, acompañe a los pobres como protagonistas de la defensa de sus derechos y, por otro, que implique a las clases media y de los grupos dirigentes de la sociedad. Siempre vuelve a cuestionarnos cómo evangelizar las elites, conforme al llamado de Medellín,

que nos impulsó a “una nueva evangelización y catequesis intensivas que lleguen a las élites y a las masas para lograr una fe lúcida y comprometida”¹⁴.

Todos estamos llamados al encuentro, la cercanía y la amistad con los que viven diversas formas de exclusión. Si realmente el contacto con la Palabra y con los pobres nos hermanan con Jesús, entonces en el centro de nuestro corazón y de nuestras vidas estarán aquellos que el Señor puso también en el centro de su misión: los excluidos, los oprimidos, los marginados.

La Lectura Popular de la Biblia nos pone en el lugar que eligió Jesús: en el universo de los pobres, de los débiles y vulnerables y asociados al compromiso de luchar junto a ellos por la defensa de su dignidad y de sus derechos¹⁵.

En fin, en estos tiempos de Nueva Evangelización se vuelve indispensable que nuestras comu-

nidades vuelvan a centrarse en la Palabra de Dios y que verifiquemos la consistencia de nuestro seguimiento de Jesús en nuestro compromiso con aquellos con los que El se identificó¹⁶.

Notas:

¹ Congreso Continental de Teología realizado en Unisinos, São Leopoldo/RS, Brasil del 7 al 11 de octubre de 2012.

² Medellín, Mensaje a los pueblos de América Latina, 6 de septiembre, 1968.

³ Fechado en la Ciudad del Vaticano el 26 de octubre de 2012.

⁴ Mensaje, n 12.

⁵ Cfr Apoc 2,7.

⁶ Cfr DA 128.

⁷ 1 Jn, 1-6.

⁸ Cfr VD 3; Apoc 10,8-11.

⁹ 2 Cor 8,9.

¹⁰ Flp 2,5.

¹¹ Cfr. DA 392-393.

¹² Cfr DA 393.

¹³ Cfr. DA 392.

¹⁴ Cfr Medellín, Mensaje a los pueblos de América Latina, 6 de septiembre, 1968.

¹⁵ Cfr. DA 394;398.

¹⁶ Cfr DA 398.